

Su presencia en estas páginas fue el suspiro que cayó súbitamente. La infancia de Viviana Patricia Cordero Espinosa transcurrió en el Quito del siglo pasado. Era 1965 cuando el barrio La Floresta escuchó por primera vez el grito de una niña que pasearía y jugaría por sus calles. Si la memoria cinematográfica ecuatoriana tiene conciencia, recordar su trabajo será un aplauso para su carrera artística.

► PRIMERA HOJA

El recuerdo la pone frente al espejo que no miente y manifiesta que su niñez fue muy tranquila, llena de cultura mucho más que el común de las otras cosas. Para sus padres era una prioridad que sus cuatro hijos: Juan Esteban, Viviana, Sebastián y Lorena asistieran a conciertos clásicos, viajes y otra clase de juegos artísticos que -muchas veces- desintegraba lo citadino y la costumbre de los menores. Más adelante, Viviana se dio cuenta que aquella manera de divertirse no era muy habitual. La norma refería al campo, al juego y a otras cosas de las que uno sale sucio. Como dicen que "uno siempre es niño", ella y sus hermanos fueron orientados hacia la actividad cultural. El programa de los viernes era disfrutar escuchando los conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional en el Teatro Sucre. Ninguna otra cosa infantil formaba parte de los hábitos. A la madre le gustaban las películas, sobre todo por la música que expresaba el Séptimo Arte. Además, el anhelo de que su hermano Juan Esteban fuera pianista estuvo presente en las intenciones maternas. Festivales de música, como el de Edimburgo, fueron escenarios donde la pequeña Viviana ingería gusto y pasión por el arte.

La lectura es patrimonio propio. Desde los 6 años, Viviana tomó partida por la literatura. Su madre había dejado sus libros de infanta en su cuarto, en la última estantería de la repisa, no supo si con el afán de que ella alguna vez los leyera o como elementos de decoración, pero con una esperanza secreta: que su hija ame las letras. Allí encontró a Julio Verne, Louisa May

Alcott, Emilio Salgari, a quienes comenzó a leerlos sin saber por qué. La costumbre se vuelve pasión, en muchos casos. Una vez cayó en sus manos una versión para niños de la Biblia la que se leyó de cabo a rabo en menos de una semana. A su pesar, se sabía todos los personajes e historieta del Antiguo y Nuevo testamentos, lo que le sorprendía frente al resto de pequeños: "Hablaba con otros niños y les preguntaba sobre el tema, pero ellos no leían. Ahora me doy cuenta que fue algo bastante excepcional, tuve la suerte y la enorme bendición de descubrir una pasión desde muy joven, porque la literatura entró muy chica para quedarse y acompañarme hasta el último día de mi vida". Ante esta súplica, Cordero se aproxima a sus primeros contactos con la actividad que más reputación le ha dado en el ámbito nacional: el cine.

► BOCETO

La primera película que vio fue porque sus padres la llevaron al cine cuando tenía 4 años. La historia trataba de una mujer feliz (no recuerda el título) era una cinta española que mostraba en escena a un personaje que se pasó todo el tiempo llorando, situación que a Viviana no le resultaba lógica. Le preguntó a su mamá acerca del fenómeno, de por qué lloraba María del Pilar (protagonista), pero no hubo respuesta a la inquietante interrogante. Lo que le maravilló del filme fue el momento de estar en una sala oscura, donde ocurría la historia. Aquella contemplación la cautivó y, desde ahí, iba a las salas cada vez que había oportunidad. Era su mejor lugar y espacio.

Entre el listado de las películas que pudo observar destaca 'Blancanieves', 'El Violinista en el tejado', 'Jesucristo superestrella' y otras que ejercieron una fascinación total para interesarse por el tema. Sin embargo, fue 'Lo que el viento se llevó' la que la cautivó. Se leyó el libro que tenía 1 000 páginas. Este episodio alude que es su más remoto antecedente por esta profesión, la de una cineasta empedernida. En la adolescencia, Viviana pudo ver casi todos los estrenos. Esta etapa de su vida, tam-